

Discurso Público

Nº 16

Junio 2021

LECH WAŁESA

Conferencia Premio Nobel

Suiza, 11 de diciembre de 1983

CONFERENCIA PREMIO NOBEL

Suiza, 11 de diciembre de 1983¹

Lech Walesa es recordado como uno de los campeones de la libertad en el marco del conflicto de la Guerra Fría.

El eje de su mensaje y de su actuar fue la defensa y promoción de la libertad sindical frente al Estado polaco, actividad que lo hizo merecedor del Premio Nobel de la Paz. En la intervención es posible apreciar una conexión en el plano de las ideas entre lo que hoy habitualmente se conoce como “calidad de vida” y el rol de las agrupaciones de trabajadores en la búsqueda de ese objetivo. Aquí destaca el papel que ha desempeñado desde su fundación “Solidaridad” el primer sindicato completamente independiente en la Polonia comunista, y que se convirtió no solo en la voz de los trabajadores del astillero de Gdansk, sino que de toda la nación polaca.

Walesa tiene como objetivo que el mundo ponga atención en el gran desafío que implica la existencia y vigencia del movimiento Solidaridad, un sindicato de trabajadores completamente independiente del partido comunista, así como del aparato estatal polaco. Para Walesa la existencia de “Solidaridad” es una verdadera batalla por la libertad de Polonia, esto es, sus repercusiones van más allá de la esfera sindical. Walesa está plenamente consciente de ello y no escatima en recursos a la hora de hacer hincapié en este aspecto.

A lo largo del discurso Walesa recuerda en más de una ocasión las dificultades que Polonia ha debido enfrentar en su historia, sobre todo el flagelo de las guerras y de las tragedias que han asolado a los polacos, como un recurso para recordar a sus partidarios en Polonia y a quienes los apoyan fuera de sus fronteras que no es la primera vez que la nación polaca enfrenta escenarios adversos en la búsqueda de la libertad y la justicia.

En su discurso, Walesa hace una firme reivindicación de la libertad sindical, con énfasis en la independencia que el sindicalismo debe tener respecto del aparato estatal y de los partidos políticos. Esta reivindicación constituye un abierto desafío al monopolio que ejercía el Partido Comunista en las actividades de Polonia (así como en todos los países de la órbita soviética). Es más, apela a la tradición religiosa del pueblo polaco, mayoritariamente católico, para encontrar un fundamento distinto para justificar la organización sindical más allá de la ideología comunista. A lo largo del todo el texto es posible encontrar alusiones y referencias a la enseñanza de la Iglesia Católica en materia de dignidad, libertad y justicia. Precisamente por esta razón cita una de las intervenciones del papa Juan Pablo II, para dar un sustento ético y filosófico a la dimensión de las relaciones laborales, como una alternativa real y vigente a la doctrina comunista.

En la intervención es evidente la conexión entre libertad y el binomio paz-justicia. Desde esta perspectiva, el concepto de libertad que Walesa esboza es más bien uno con profundas raíces en la tradición central de la ética, reforzado con elementos propios de la enseñanza de la Iglesia Católica. Debido a la situación de represión del régimen comunista de Polonia, Walesa no pudo viajar a Suiza para pronunciar este discurso, el que fue leído por Bogdan Cywinski.

¹ Texto original en <https://www.nobelprize.org/prizes/peace/1983/walesa/lecture/> Traducción del Instituto Res Publica.

Palabras de Lech Walesa

Damas y caballeros

Dirigiéndose a usted, como ganador del Premio Nobel de la Paz de 1983, está un trabajador polaco del astillero de Gdansk, uno de los fundadores del movimiento sindical independiente en Polonia. Sería lo más sencillo para mí decir que no soy digno de esa gran distinción. Sin embargo, cuando recuerdo el momento en que la noticia del premio se ha extendido por todo mi país, el momento de explosión de las emociones y la alegría universal de las personas que sentían que tenían una participación moral y espiritual en el premio, estoy obligado a decir que lo considero una señal de reconocimiento de que el movimiento al que di toda mi fuerza ha servido bien a la comunidad de hombres.

Acepto el premio con mis más profundos respetos por su sentido y significado, y, al mismo tiempo, soy consciente de que el honor no se me otorga personalmente, sino a "Solidaridad", al pueblo y a las ideas por las que hemos luchado y lo seguiremos haciendo en el espíritu de paz y justicia. Y no hay nada que desee más que la concesión del premio ayude a la causa de la paz y la justicia en mi país y en todo el mundo.

Mis primeras palabras que les dirijo, y a través de ustedes a todas las personas, son las que he conocido desde mis días de infancia: Paz a los hombres de buena voluntad, en todas partes, en el Norte y el Sur, Oriente y Occidente.

Pertenezco a una nación que en los últimos siglos ha experimentado muchas dificultades y retrocesos. El mundo reaccionó con silencio o con mera simpatía cuando las fronteras polacas fueron atravesadas por ejércitos invasores y el Estado soberano tuvo que sucumbir a la fuerza brutal. Nuestra historia nacional a menudo nos ha llenado de amargura y de impotencia. Pero esta fue, sobre todo, una gran lección de esperanza. Agradeciendo por el premio me gustaría, en primer lugar, expresar mi gratitud y mi creencia de que sirve para realzar la esperanza polaca. La esperanza de la nación que a lo largo del siglo XIX no se había reconciliado por un momento con la pérdida de la independencia, y luchando por su propia libertad, luchó al mismo tiempo por la libertad de otras naciones. La esperanza cuyas euforias y caídas durante los últimos cuarenta años – es decir, el lapso de mi propia vida – ha estado marcada por las fechas memorables y dramáticas: 1944, 1956, 1970, 1976, 1980.

Y si me permito en esta coyuntura y en esta ocasión mencionar mi propia vida, es porque creo que el premio me ha sido concedido en cuanto a uno de muchos.

Mi juventud pasó en el momento de la reconstrucción del país de las ruinas y cenizas de la guerra en la que mi nación nunca se inclinó ante el enemigo pagando el precio más alto del conflicto. Pertenezco a la generación de trabajadores que, nacidos en las aldeas y poblados de la Polonia rural, tuvieron la oportunidad de adquirir educación y encontrar empleo en la industria, haciéndose en el curso conscientes de sus derechos e importancia en la sociedad. Esos fueron los años del despertar de las aspiraciones de los trabajadores y campesinos, pero



también años de muchos males, degradaciones e ilusiones perdidas. Tenía apenas 13 años cuando, en junio de 1956, la desesperada lucha de los trabajadores de Poznan por el pan y la libertad fue suprimida en sangre. Trece tenía también el niño Romek Strzalkowski que murió en el conflicto. Fue el sindicato "Solidaridad" el que 25 años después exigió que se le rindiera homenaje a su memoria. En diciembre de 1970, cuando las manifestaciones de protesta de los trabajadores envolvían las ciudades de la costa báltica, yo era trabajador del astillero de Gdansk y uno de los organizadores de las huelgas. El recuerdo de mis compañeros trabajadores que luego perdieron la vida, el amargo recuerdo de la violencia y la desesperación se ha convertido para mí en una lección que nunca debe olvidarse.

Pocos años después, en junio de 1976, la huelga de los trabajadores de Ursus y Radom fue una nueva experiencia que no sólo reforzó mi creencia en la justicia de las demandas y aspiraciones de los trabajadores, sino que también ha indicado la urgente necesidad de su solidaridad. Esta convicción me trajo, en el verano de 1978, a los Sindicatos Libres, formados por un grupo de personas valientes y dedicadas que salieron en defensa de los derechos y la dignidad de los trabajadores. En julio y agosto de 1980 una ola de huelgas arrasó Polonia. La cuestión en juego era entonces algo mucho más grande que sólo las condiciones materiales de existencia. Mi camino de vida, en el momento de la batalla, me ha traído de vuelta al astillero de Gdansk. Todo el país ha unido fuerzas con los trabajadores de Gdansk y Szczecin. Los acuerdos de Gdansk, Szczecin y Jastrzebie fueron finalmente firmados y así ha surgido el sindicato "Solidaridad".

Las grandes huelgas polacas, de las que acabo de hablar, fueron acontecimientos de carácter especial. Su carácter estaba determinado por un lado por las amenazantes circunstancias en las que se desarrollaron y, por otro, por sus objetivos. Los trabajadores polacos que participaron en las acciones de huelga, de hecho representaban a la nación.

Cuando recuerdo mi propio camino de vida no puedo dejar de hablar de la violencia, el odio y las mentiras. Sin embargo, una lección extraída de tales experiencias fue que podemos oponernos efectivamente a la violencia sólo si nosotros mismos no recurrimos a ella.

En la breve historia de esos años llenos de eventos, el Acuerdo de Gdansk se destaca como una gran carta de los derechos de los trabajadores que nada puede destruir. La raíz de los acuerdos sociales de 1980 es el coraje, el sentido de la responsabilidad y la solidaridad de los trabajadores. Ambas partes han reconocido

entonces que se debe llegar a un acuerdo para evitar el derramamiento de sangre. El acuerdo entonces firmado ha sido y seguirá siendo el modelo y el único método a seguir, el único que da la oportunidad de encontrar un curso intermedio entre el uso de la fuerza y una lucha desesperada. Nuestra firme convicción de que la nuestra es una causa justa y de que debemos encontrar una manera pacífica de alcanzar nuestros objetivos nos dio la fuerza y la conciencia de los límites más allá de los cuales no debemos ir. Lo que hasta entonces parecía imposible de lograr se ha convertido en un hecho de la vida. Nos hemos ganado el derecho a la asociación en sindicatos independientes de las autoridades, fundados y conformados por los propios trabajadores.

Nuestra unión, la "Solidaridad", se ha convertido en un poderoso movimiento para la liberación social y moral. El pueblo liberado de la esclavitud del miedo y la apatía, pidió reformas y mejoras. Peleamos una batalla difícil por nuestra existencia. Eso fue y sigue siendo una gran oportunidad para todo el país. Creo que marcó también el camino a seguir por las autoridades, si pensaban en un Estado gobernado en cooperación y participación de todos los ciudadanos. "Solidaridad", como movimiento sindical, no alcanzó el poder, ni se volvió en contra del orden constitucional establecido. Durante los 15 meses de existencia legal de "Solidaridad" nadie fue asesinado o herido como resultado de sus actividades. Nuestro movimiento se expandió a pasos agigantados. Pero nos vimos obligados a llevar a cabo una pelea ininterrumpida por nuestros derechos y libertad de actividad, mientras que al mismo tiempo nos imponíamos las inevitables auto-limitaciones. El programa de nuestro movimiento proviene de las leyes morales fundamentales y el orden. La única y básica fuente de nuestra fuerza es la solidaridad de los trabajadores, los campesinos y la *intelligentsia*, la solidaridad de la nación, la solidaridad de las personas que buscan vivir en dignidad, verdad y en armonía con su conciencia.

Que el velo del silencio caiga actualmente sobre lo que sucedió después. El silencio también puede hablar.

Una cosa, sin embargo, debe decirse aquí y ahora en esta solemne ocasión: el pueblo polaco no ha sido subyugado ni tampoco ha elegido el camino de la violencia y el derramamiento de sangre fratricida.

No cederemos a la violencia. No seremos privados de libertades sindicales. Nunca estaremos de acuerdo con enviar a la gente a prisión por sus convicciones. Las puertas de las prisiones deben abrirse y las personas condenadas por defender los



derechos sindicales y cívicos deben ser puestas en libertad. Los juicios anunciados de once miembros destacados de nuestro movimiento nunca deben celebrarse. Todos aquellos que ya han sido condenados o que aún esperan juicios por sus actividades sindicales o sus convicciones, deben regresar a sus hogares y se les debe permitir vivir y trabajar en su país.

La defensa de nuestros derechos y nuestra dignidad, así como los esfuerzos por no dejarnos vencer por el sentimiento de odio, este es el camino que hemos elegido.

La experiencia polaca, que el Premio Nobel de la Paz ha puesto en el centro de atención, ha sido una difícil, una dramática. Sin embargo, creo que mira hacia el futuro. Las cosas que han tenido lugar en la conciencia humana y redefinido las actitudes humanas no pueden ser borradas o destruidas. Existen y permanecerán.

Somos los herederos de esas aspiraciones nacionales gracias a las cuales nuestro pueblo nunca podría convertirse en una masa inerte sin voluntad propia. Queremos vivir con la creencia de que la ley significa ley y justicia significa justicia, que nuestro trabajo tiene un significado y no se desperdicia, que nuestra cultura crece y se desarrolla en libertad.

Como nación tenemos derecho a decidir nuestros propios asuntos, a moldear nuestro propio futuro. Esto no representa ningún peligro para nadie. Nuestra nación es plenamente consciente de la responsabilidad de su propio destino en la complicada situación del mundo contemporáneo.

A pesar de todo lo que ha estado sucediendo en mi país durante los últimos dos años, todavía estoy convencido de que no tenemos otra alternativa que llegar a un acuerdo, y de que los difíciles problemas a los que se enfrenta Polonia ahora sólo pueden resolverse mediante un diálogo real entre las autoridades estatales y el pueblo.

Durante su última visita a la tierra de sus padres, el Papa Juan Pablo II tuvo esto que decir sobre este punto:

"¿Por qué los trabajadores de Polonia y de todo el mundo tienen derecho a ese diálogo? Porque el hombre que trabaja no es una mera herramienta de producción, sino que es también un sujeto que a lo largo del proceso de producción tiene prioridad sobre el capital. Por el hecho de su trabajo, el hombre se convierte en el verdadero maestro de su taller, del proceso de trabajo, de los frutos de su trabajo y de su distribución. También está listo para los sacrificios si siente que es un socio real y tiene voz y voto en la división justa de lo que se ha logrado producir en conjunto".²

Es, sin embargo, precisamente este sentimiento que nos falta. No es posible construir nada si prevalece la frustración, la amargura y el estado de ánimo de impotencia. El que una vez se dio cuenta del poder de la solidaridad y que respiró el aire de la libertad no será aplastado. El diálogo es posible y tenemos derecho a ello. El muro levantado por el curso de los acontecimientos no debe convertirse en un obstáculo insuperable. Mi deseo más ardiente es que mi país recupere su oportunidad histórica de una evolución pacífica y que Polonia demuestre al mundo que incluso las situaciones más complejas pueden resolverse mediante un diálogo y no por la fuerza.

² "Perché i lavoratori in Polonia - e, del resto, dappertutto nel mondo - hanno diritto ad un tale dialogo? Perché l'uomo che lavora non è soltanto uno strumento di produzione, ma anche un soggetto, che in tutto il processo della produzione ha la precedenza davanti al capitale. L'uomo, mediante il suo lavoro, diventa il vero gestore del banco di lavoro, del processo del lavoro, dei prodotti del lavoro e della loro distribuzione. È disposto anche alle rinunce quando si sente un vero cogestore e può influire sulla giusta distribuzione di ciò che si è riuscito a produrre insieme". Celebración mariana de acción de gracias y de súplica en Katowice (20 de junio de 1983) disponible en https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/it/homilies/1983/documents/hf_jp-ii_hom_19830620_katowice.html

Estamos listos para el diálogo. También estamos preparados, en cualquier momento, para someter nuestras razones y demandas al juicio del pueblo. No tenemos dudas sobre qué veredicto se devolvería.

Creo que todas las naciones del mundo tienen derecho a la vida con dignidad. Creo que, tarde o temprano, los derechos de las personas, de las familias y de comunidades enteras serán respetados en todos los rincones del mundo. El respeto de los derechos cívicos y humanos en Polonia y por nuestra identidad nacional es en el mejor interés de toda Europa. Porque, el interés de Europa, es una Polonia pacífica, y las aspiraciones polacas a la libertad nunca serán sofocadas. El diálogo en Polonia es la única manera de lograr la paz interna y por eso también es un elemento indispensable de paz en Europa.

Me doy cuenta de que los esfuerzos del pueblo polaco dieron lugar, y todavía lo hacen, a los sentimientos de comprensión y solidaridad en todo el mundo. Permítame desde este lugar expresar mi más profundo agradecimiento a todos los que ayudan a Polonia y a los polacos. Quisiera también expresar mi anhelo de que nuestro deseo de diálogo y respeto de los derechos humanos en Polonia se fortalezca con un pensamiento positivo. Mi país está sumido en una gran crisis económica. Esto está causando consecuencias dramáticas para la existencia misma de las familias polacas. Una crisis económica permanente en Polonia también puede tener graves repercusiones para Europa. Por lo tanto, Polonia debería ser ayudada y merece ayuda.

Estoy mirando el mundo actual con los ojos de un trabajador, un trabajador que pertenece a una nación tan trágicamente marcada por la guerra. Deseo sinceramente que el mundo en el que vivimos esté libre de la amenaza de un holocausto nuclear y de la ruinosa carrera armamentista. Mi preciado deseo es que la paz no se separe de la libertad, que es el derecho de toda nación. Esto deseo y por esto rezo.

Permítame repetir que la necesidad fundamental en Polonia es ahora la comprensión y el diálogo. Creo que lo mismo se aplica al mundo entero: debemos seguir hablando, no debemos cerrar ninguna puerta ni hacer nada que bloquee el camino hacia un entendimiento. Y debemos recordar que sólo la paz construida sobre los cimientos de la justicia y el orden moral puede ser duradera.

En muchas partes del mundo la gente está buscando una solución que vincule los dos valores básicos: la paz y la justicia. Los dos son como pan y sal para la humanidad. Todas las naciones y todas las comunidades tienen el derecho inalienable a estos valores. No se pueden resolver conflictos sin hacer todo lo posible para seguir ese camino. Nuestros tiempos requieren que estas aspiraciones que existen en todo el mundo sean reconocidas.

Nuestros esfuerzos y duras experiencias han revelado al mundo el valor de la solidaridad humana. Aceptando esta distinción honorable pienso en aquellos con quienes estoy vinculado por el espíritu de solidaridad:

en primer lugar, de aquellos que en la lucha por los derechos cívicos y de los trabajadores en mi país pagaron el precio más alto: el precio de la vida;

de mis amigos que pagaron por la defensa de "Solidaridad" con la pérdida de la libertad, que fueron condenados a penas de prisión o están a la espera de juicio;

de mis compatriotas que vieron en el movimiento "Solidaridad" el cumplimiento de sus aspiraciones como trabajadores y ciudadanos, que son sometidos a humillaciones y están listos para sacrificios, que han aprendido a vincular el valor con la sabiduría y que persisten en lealtad a la causa en la que nos hemos embarcado;

de todos aquellos que luchan en todo el mundo por los derechos de los trabajadores y de los sindicatos, por la dignidad del trabajador, por los derechos humanos.

Inscritas en el monumento erigido a la entrada del astillero de Gdansk en memoria de los fallecidos en diciembre de 1970 están las palabras del Salmo:

"El Señor dará poder a Su pueblo;
El Señor dará a Su pueblo la bendición de la paz".

Que estas palabras sean nuestro mensaje de hermandad y esperanza.